

**“HUÉSPED DE UN TIEMPO SOMBRÍO”
BREVE INTRODUCCIÓN A LA POESÍA
DE LEOPOLDO DE LUIS**

El poeta Leopoldo Urrutia de Luis nació en Córdoba en 1918, pese a su filiación profundamente castellana. Este pequeño, aunque esencial, equívoco del destino que le hizo ver la luz —¡y qué luz!, todo sea dicho— en tierras andaluzas en lugar de alumbrarlo a la sobriedad de la meseta, lo define como persona y como escritor: porque en vez de andaluz salió castellano viejo (un hombre bueno en el mejor sentido de la expresión machadiana); porque habiendo nacido Urrutia, se llamó de Luis, y porque en lugar de obrero manual resultó poeta (¿o quizá ejerce los dos oficios aunados en uno solo?); como si Leopoldo de Luis, a pesar de ser *huésped de un tiempo sombrío*, un tiempo que ha dejado sobre él una pátina indeleble que le da un aspecto cortés, apacible y a veces resignado, se hubiera dedicado toda la vida ni más ni menos que a salirse con la suya, atreviéndose a llevarle la contraria incluso a esa dama ingobernable, dictatorial y caprichosa que llamamos Fortuna. Como si hubiese encontrado la manera de poder *elegir*, de ser libre, en fin, cuando sus circunstancias históricas, su tiempo —el que ya pasó y el que vive ahora mismo— y la suerte que a ellos iba unida parecían abocarlo por derroteros intelectuales y personales ineludibles.

Vicente Aleixandre decía, trazando una semblanza de él:

Su voz nos producía sorpresa. Porque, abriéndose paso en la modestia con la confusión propia, pero con la decisión necesaria, la voz surgía de pronto de un registro desconocido, oscuro, tal que cavernoso y el acento solemne, el escandido casi oratorio, frenado por la vigilancia del gusto, daba a la declamación cierto énfasis, no enfadoso, pero sí inesperado,

como si un nuevo Leopoldo de Luis asomase de pronto por transparencia en el rostro de nuestro amigo, y desde allí, nos saludase con ademán y voz irreconocibles.

Al terminar el poema se apagaba en el acto la luz del interpuesto Leopoldo y volvía a brillar en él la cara reconocida. Su afable simpatía, su silencioso asentimiento, su delicada atención obtenían la primacía en esos instantes pospoemáticos, que pocos poetas llevan con la naturalidad desinteresada del que acabábamos de escuchar.

Leopoldo de Luis guarda también esa contradicción de la voz, a que alude el párrafo anterior, dentro de sí, y otras que, más que contradicciones no son sino ejemplos de soberana libertad individual: es un *fino autor*, por citar de nuevo a Vicente Aleixandre, a quien su finura no resta ni un ápice de fuerza, que a través de su obra nos da una lección —aunque no haya pretendido nunca aleccionar a nadie— llena de generosidad: la de que es posible ser libres finalmente, la de que la grandeza de lo humano radica en la capacidad de elección incluso contra todo pronóstico y, siempre o casi siempre, contra viento y marea.

Tiene la poesía de Leopoldo de Luis esa sobria decencia artesana que anima la labor de *los que viven por sus manos*, del obrero, del campesino, del carpintero... un aliento precioso de trabajador manual que le ajusta el verso, el poema, que los talla y los convierte en un milagro cotidiano, como esos útiles que confortan nuestra vida diaria: una mesa de cerezo o una jarra para el vino. Ramón de Garciasol decía de él, en 1968, que es hombre de faena y de hogar, de meditación y madrugada, que sabe encontrar en la cotidianeidad la maravilla de lo trascendental, de lo religado, de lo solidario: el prodigio de la luz, el color, el sonido, la continuidad, la paz del alma. Y decía también que es un hombre de nuestro tiempo, —una descripción acertada y precisa. Hoy añadiríamos, quizá para sorpresa del propio Leopoldo de

Luis, que es un postmoderno clásico y, por supuesto, un clásico postmoderno.

Es verdad; actualmente carecemos de grandes teorías generalizadoras en todos los campos del conocimiento, incluso de pequeñas teorías; no contamos más que con alguna que otra hipótesis, inducciones que, hábilmente introducidas, nos permiten a veces acceder desde lo particular hasta lo general en espera de que cualquier nuevo dato desprendido de la experiencia anule nuestras conclusiones. Hemos dejado atrás aquellos felices tiempos en que las ciencias eran positivas y se podía encontrar elementos comunes y leyes universales en el mundo que nos rodea. El llamado *paleopositivismo*, ese gran invento del siglo XIX, ha sido superado en el XX: ni siquiera las ciencias son ya *exactas*, sino *experimentales*, lo que significa que tanteamos y exploramos sobre un mar de incertezas, y que las reglas que hoy nos tranquilizan o nos aportan cierta seguridad sobre el mundo o sobre nosotros mismos dejarán de ser válidas tal vez al día siguiente de haberlas formulado. Este nuevo *pienso, luego dudo*, es consustancial al abandono científico de la vieja idea de un Universo que no sólo se nos prometía eterno, sino incluso inmutable (lo cual no dejaba de ser tan consolador, en su misma impostura, como la idea de Dios Todopoderoso, o la del geocentrismo). La ausencia de un asidero para el ser humano — científico, filosófico, social, político y, ¿por qué no?, literario— parece realzar la visión actual de la Historia como una serie de disociaciones, de disoluciones y de destrucciones. La falta de verdades absolutas en que se han traducido las sucesivas revoluciones científicas y técnicas de este siglo nos han deparado una inquietante panorámica del vacío más desolador, y un incierto horizonte vital: es lo que llamamos Postmodernidad, es lo que Leopoldo de Luis tan sabiamente ha traducido en sus versos claros y exactos que, lejos de la antigua y caduca *totalidad*, se han impregnado de vida diaria —¿es que queda

entre las balas de una conflagración salvaje y fratricida. Algunas le hirieron, hasta dos veces, y a pesar de todo sobrevivió —de nuevo le plantó cara a un destino que se prometía aciago—, y llegó a ser capitán de Estado Mayor. Entonces escribiría algunos romances de guerra, como el *Romancero a la muerte de Federico García Lorca*, aquel otro poeta que no logró la hazaña de esquivar ni el plomo ni la ignominia que azotaban la España de entonces.

Amigo de Miguel Hernández, Leopoldo de Luis publicó con él unos *Versos en la guerra* en 1938, que editaría el Socorro Rojo de Alicante. Una vez que hubo terminado la contienda, fue internado en un campo de concentración instalado, con una ironía que no dejaba de tener cierta crueldad añadida, en la plaza de toros de Ciudad Real, y más tarde en el penal de Ocaña. En 1941 durante seis meses formó parte del Batallón de Trabajadores en Marruecos y Campo de Gibraltar.

Ya en 1944 comenzó a colaborar en la revista “Garcilaso” —que daba así unas tímidas señales de tolerancia después del empacho triunfalista, embobado y cargado del neoclásicismo *heroico* de los vencedores— mientras trabajaba en una compañía, de la que llegaría a ser director adjunto y, enamorado desde los días aciagos de su internamiento en un campo de concentración cerca de Gibraltar, se casaba con aquella hermosa muchacha que le daba bocadillos a través de las rejas. Y, seguramente, trataba de olvidar la guerra. Pero la guerra nunca lo olvidó a él y tal vez por ello, sí, su poesía es, todavía hoy, poesía de postguerra, no podía ser de otro modo. Aún seguimos viviendo en la postguerra ya que, afortunadamente, parece que nos ha tocado el mejor de los casos: tiempo de postguerra, que no de entreguerras. Un tiempo sombrío de cualquier modo, del que Leopoldo de Luis ha sido huésped sensible, dolorido y atento.

Y como el que reconoce que estamos hechos de tiempo que se

agota, nuestro poeta es terrenal igual que un árbol (*Sordamente lo digo. Sordamente/ aferrado con rabia a estas raíces./ Mía esta tierra, mía esta simiente./ Mío este llanto y estas cicatrices*, dirá en "El patrimonio"). La patria es una buena tierra para plantar el corazón cuando sabemos que todo pasa. Y el padre y el hijo los rizomas de esa entraña mortal, profundos para que el viento no los pueda arrancar a su paso. Hijo y padre, esposa, son, en consecuencia, motivos constantes de la poesía de Leopoldo de Luis que él ha ido sembrando en sus poemas como un honesto campesino laborioso que conoce cuál es el clima y cuáles los frutos propicios. Su poesía crece como un árbol, *es* un árbol, un árbol grande y frondoso; tiene el sabio sosiego de una vieja encina bien enraizada; es una poesía terrenal, viva, apegada al suelo que la nutre, aunque también *condenada* a ese suelo que la acoge pero la hace prisionera, a un sustrato del que sabe que no puede escapar (*de aquí no se va nadie...*, escribirá, o *a ver si das siquiera un solo paso*); nuestra libertad, nos dice a menudo Leopoldo de Luis, es la triste libertad del árbol. A pesar de todo, sus poemas, escritos muchos de ellos en tiempos de oscuridad, han buscado la luz como la buscan las ramas de los árboles, estirándose hacia lo alto, creciendo en dirección al Sol, persiguiendo con tenacidad esa claridad necesaria para la vida.

Se ha dicho con acierto que su poesía evolucionó, desde las preocupaciones existenciales, a las sociales que se iniciaron con *Los horizontes* (1951), y *El padre* (1954), remarcándose en *Teatro real* (1955) y *Juego limpio* (1961) —estos últimos, dos libros valientes y bellos en los que el poema presenta combate y resistencia—, y que su tono de denuncia fue acentuándose hasta concretarse en *La luz de nuestro lado* (1964) y *Con los cinco sentidos* (1970). Al igual que José Hierro con el hondo y conmovedor *Tierra sin nosotros*, o *Alegria*, también Leopoldo de Luis desarrolla el tema de la juventud truncada —o "la infancia tronchada", como diría el propio Hierro— por la guerra en *El árbol* y

otros poemas (1954), donde se siente la melancolía de un paraíso perdido que tal vez sea la adolescencia, la infancia... (es posible que no tengamos más paraíso que la niñez, o al menos casi todos parecemos marcados por su pérdida, como si del mejor paraíso posible se tratara).

Sí, la guerra robó inocencia y años, robó vidas y dejó hambre, dolor, miseria... pero también los dulces despojos de muchos corazones abiertos de par en par: por ejemplo esa insobornable ternura —a veces casi fiera— que late en la poesía de Leopoldo de Luis (junto con la de sus compañeros de generación a los que aquí rinde un emotivo homenaje en *Poesía de Postguerra*).

A la hora de preparar esta antología no he querido seguir un criterio cronológico para seleccionar los poemas que la componen, como libro nuevo que es he preferido que sus partes estuvieran formadas por lo que, a mi entender, son los tres caminos —los troncos principales— trazados en la obra poética de Leopoldo de Luis y que podríamos concretar en otras tantas palabras sencillas: *tierra, raíz y existencia*. Por supuesto esto no es más que una pequeña convención, o un recurso editorial propio de antólogos, y no significa que me haya arrogado la presunción de delimitar el alcance poético de los versos que contienen estas páginas, al igual que nadie puede clasificar las ramas de un mismo árbol por su forma o su color e ignorar que la savia que las recorre es una sola, la misma. La poesía que sigue a continuación habita *en las ruinas del cielo de los dioses*. Aquí. Habla nuestro mismo lenguaje y tiene nuestra voz. No podemos dejar de oírla.

A. V.

primavera de 1998.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

1.- Libros de Leopoldo de Luis

- Alba del hijo*, Col. Mensajes, Madrid, 1946.
Huésped de un tiempo sombrío, Col. Norte, San Sebastián, 1948.
Los imposibles pájaros, Col. Adonais, Madrid, 1949.
Los horizontes, Col. Planas de Poesía, Las Palmas, 1951.
Elegía en Otoño, Col. Nebli, Madrid, 1952.
El árbol y otros poemas, Col. Tito Hombre, Santander, 1954.
El padre, Col. Mirto y Laurel, Melilla, 1954.
El extraño, Col. Ágora, Madrid, 1955.
Teatro real, Col. Adonais, Madrid, 1957.
Juego limpio, Col. Palabra y Tiempo, Taurus, Madrid, 1961.
La luz a nuestro lado, Col. El Bardo, Barcelona, 1964.
Aquella primavera, Col. Cuadernos de M. José, Librería el Guadalhorce, Málaga, 1967.
Con los cinco sentidos, Col. Fuentetodos, Zaragoza, 1970.
De aquí no se va nadie, (Premio Ausias March), Ayuntamiento de Gandía, Gandía, 1971.
Teatro real y Juego limpio, Col. Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1975.
Antología: Poesía (1946-1968), Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1968.
Poesía (1946-1974), Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1974.
Igual que guantes grises (Premio Nacional de Literatura), Col. Angaro, Sevilla, 1979.
Entre cañones me miro (Premio Francisco de Quevedo), Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1981.
Una muchacha mueve la cortina (Premio Villa de Rota), F. A. R. M., Rota, 1983.
Del temor y de la miseria, Col. La Lira de Licario, Ed. Orígenes, Madrid, 1985.
Otra vez con el ala en los cristales, Ed. Arenal, Diputación P. de Cádiz, Jerez, 1986.
Viaje a la casa cerrada, Librería Anticuaría El Guadalhorce, Málaga, 1987.
Mitos y contraseñas, Jorge Huertas editor, Fernán Núñez, 1988.
La sencillez de las fábulas, (Premio José Antonio Ochaita), Diputación de Guadalajara, Guadalajara, 1988.

- Los caminos cortados*, Antología general, Col. El Ave Fenix, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1989.
- Reformatorio de adultos*, Col. El vaso de Berceo, Ed. Torremozas, Madrid, 1990.
- Aquí se está llamando*, Col. El Médano Fugitivo, F. Odón Betanzos Palacios, Huelva, 1992.
- Fábulas*, Col. Cuadernos de la posada, Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba, 1993.
- Despedida en San Roque*, Ayuntamiento de San Roque, 1994.
- Casisonetos de la última tuerca*, El Extramundi y los papeles de Iria Flavia, 1996.
- El viejo llamador*, Col. Llama de amor viva, Antigua Imprenta Sur, Málaga, 1996.
- Poesía de postguerra*, Col. Isla de los pensamientos, Episteme, Valencia, 1997.

2.- Estudios sobre su obra.

El interesado en conocer más de cerca la poesía de Leopoldo de Luis, puede consultar los siguientes trabajos:

- José Antonio de Cáceres Peña, *La poesía de Leopoldo de Luis*, Málá, El Guadalhorce, 1970.
- José Luis Cano, “Hombre y sociedad en la poesía de Leopoldo de Luis”, *Poesía española contemporánea. Las generaciones de posguerra*, Madrid, Guadarrama, 1974.
- Concha Zardoya, *Leopoldo de Luis*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.
- Elena Refojos de Có, *Leopoldo de Luis o la palabra densa*, Buenos Aires, Talleres Robert y Cía, 1983.
- Leopoldo de Luis, *Reflexiones sobre mi poesía*, Madrid, Universidad Autónoma, 1985.
- Miquela Finassi, *La poesía de Leopoldo de Luis*, Universidad de Milán, 1987.
- Francisco Ruiz Soriano, *Primeras promociones de posguerra*, Madrid, Clásicos Castalia, 1997.